

# *Bush, China y los republicanos*

Peter Trubowitz

**D**urante la campaña política del año 2000, George W. Bush hizo énfasis en la necesidad que tienen los Estados Unidos de actuar con mayor humildad en asuntos de política exterior. El gobernador de Texas advirtió que los Estados Unidos, en su papel de líder mundial, debía usar su poder sabiamente. La arrogancia por parte de este país podría provocar resentimiento, o peor aún, desprecio. “Carga un garrote –solía decir Teddy Roosevelt– pero camina con prudencia”.

Pocos meses pueden significar una gran diferencia. En tan sólo un poco más de cinco meses en el poder, Bush ha logrado provocar la hostilidad de gran parte del resto del mundo. Su constante búsqueda de la defensa con misiles, su rechazo abierto hacia el protocolo de Kyoto sobre el calentamiento global y su posición agresiva hacia China han producido consternación en las capitales extranjeras sobre lo que muchos perciben como un nuevo dogmatismo americano.

Esto se hace evidente, sobre todo, en la nueva perspectiva de Washington con respecto a China. Incluso antes de que las relaciones entre ambos países se deterioraran debido al incidente con el avión espía norteamericano, en abril, los asesores en política exterior de Bush describían a China como “un competidor y un posible rival regional”, consideraciones que contrastan significativamente con el enfoque de la administración Clinton de un “socio estratégico”. En este contexto, se anunció que el Pentágono haría una revisión importante

---

Traducción del inglés: Rebeca Igartúa.

de la estrategia militar norteamericana y que ésta recomendaría un gran cambio en la planeación y en los recursos utilizados en el Pacífico con el fin de minimizar el creciente poder militar chino.

Es deseable pensar que la política dura de Bush hacia China se suavice con el tiempo. Algunos observadores opinan precisamente eso, recordando que Bill Clinton también tuvo mano dura en sus primeros tratos con China. Argumentan también que la transición del tejano a Washington se dio de manera precipitada debido al embrollo del recuento de votos en Florida, y que por ello muchos puestos en el Departamento de Estado aún no se han ocupado, incluso la posición más importante con respecto a China.

Esta es tal vez una teoría alentadora, pero también muy engañosa. La realidad es que el comportamiento hostil de Bush hacia China sirve a sus intereses políticos. De todas las críticas que las acciones de Bush han provocado, pocas provienen de las filas de su partido. Si acaso, los republicanos se quejan en privado de que la Casa Blanca no ha sido lo suficientemente dura con respecto a China.

Esto no es lealtad ciega de los republicanos hacia su nuevo líder. El hecho es que Bush ha sido cuidadoso en seguirle la línea al partido en lo que al tema de China se refiere, así como con la mayoría de los asuntos de política exterior. La postura republicana consiste en fortalecer el poder de Estados Unidos y usarlo abiertamente para obtener fines globales autodefinidos.

En la actualidad, la mayoría de los republicanos favorecen la política exterior que busca promover la supremacía americana y la libertad de acción. Europa, que ha sido durante mucho tiempo una preocupación importante para Washington, ha perdido relevancia para los intereses de largo plazo del país ahora que la guerra fría ha terminado. Lo mismo sucede con muchos de los acuerdos institucionales y organismos producto de esa lucha de cincuenta años a la que generaciones anteriores de republicanos apoyaron de manera asidua. Los republicanos de hoy le atribuyen a Asia y Latinoamérica un peso geopolítico considerablemente mayor y desconfían del tipo de diplomacia multilateral, tan popular entre los demócratas.

Hay muchas razones para esto, pero una de ellas es básica: la geografía electoral. El Partido Republicano, cuya fuerza alguna vez se concentró en el no-

reste liberal, ahora depende de las conservadoras regiones del sur y el oeste montañoso, lo que los estrategas del partido llaman la “Gran L” en el mapa electoral de los Estados Unidos. Los votantes de estas regiones prefieren una política exterior unilateral más definida, que tenga el apoyo del poder militar y esté libre de las trabas que la diplomacia multilateral ocasiona de manera inevitable. Consideran que una política exterior más efectiva –más redituable– proviene de una acción rápida y decisiva por parte de Estados Unidos.

Esas inclinaciones unilaterales en el sur y oeste no son nuevas. Desde hace mucho ha figurado entre sus políticas un profundo escepticismo acerca de las acciones hacia el extranjero, el derecho internacional y el gran gobierno (internacional o nacional). Así ha sido también el sentimiento por China, en especial en el oeste. Durante el inicio de la guerra fría, los “*Asia Firsters*” –una coalición influyente de políticos, hombres de negocios y del clero– tuvo sus raíces en esta sección del país. Militantes anticomunistas, los “*Asia Firsters*” lograron que Estados Unidos derrochara la ayuda militar en el régimen de Kuomintang en Taiwán, se opusieron a la entrada de China a las Naciones Unidas y pidieron el uso de la fuerza militar en Corea y Vietnam.

En los años setenta, los “*Asia Firsters*” sufrieron una gran derrota cuando Richard Nixon intentó convertir a China en un aliado estratégico en la rivalidad americano-soviética y abrir el mercado del gigante asiático para las mercancías de Estados Unidos. Pero con el colapso del imperio soviético, el sentimiento antichino en las filas republicanas ha motivado los deseos de venganza. La influencia política cada vez mayor del oeste y el sur dentro del Partido Republicano se ha fortalecido. A pesar de que muchos continúan considerando a China como un mercado a explotar, y por lo tanto se niegan a antagonizar con Beijing sobre temas de “Línea Roja”, como Taiwán, la derecha republicana está unida en: su rechazo hacia el enfoque de Clinton.

Clinton creía que el creciente comercio lograría que el liderazgo chino se hiciera más liberal localmente, y más dócil internacionalmente. Pocos republicanos comparten este enfoque. Su estrategia preferida es la que combina “zanahoria y palo”: más negocios e inversiones, además de un aumento de la presencia militar en Asia. Para que eso suceda, insisten los republicanos: debe disminuir la importancia de Europa para la planeación estratégica de Estados

Unidos; es necesario expandir la capacidad del Pentágono para proyectar poder en el extranjero; y debe establecerse una “nueva arquitectura” para la estabilidad estratégica –es decir, la defensa con misiles–.

Todo esto requeriría dinero federal, y mucho. Esto también está muy relacionado con la opinión de los republicanos, porque cualquier nuevo aumento en los gastos del Pentágono en tecnología sería un beneficio para los estados del sur y el oeste. También es importante en el cálculo republicano el hecho de que tales estados han crecido con una gran dependencia comercial de Asia y Latinoamérica. Europa no carece de importancia para la mayoría de los políticos del sur y del oeste, pero lo que ocurre fuera de este continente parece ser más sobresaliente y apremiante. Por ejemplo, no es de extrañar que los republicanos en el Congreso de Estados Unidos votaran en contra de la guerra en Kosovo.

Cualquier oportunidad que tenga Bush de ganar la reelección para la Casa Blanca en el año 2004 depende en forma crucial de que mantenga el apoyo electoral de esas regiones del país. Los republicanos no pueden ganar honrada y abiertamente si no controlan el sur y el oeste, experiencia aprendida de la humillante derrota del mayor de los Bush en 1992, así como de la victoria del hijo por un corto margen en el Colegio Electoral en noviembre de 2000. La agresividad intransigente de la administración en lo que se refiere a China, a la defensa con misiles y a Kyoto, se debe en realidad a un juego con los grupos electorales del país. Nadie debería sorprenderse si la Casa Blanca continúa con el juego de la carta unilateral en donde y cuando pueda.

“Dónde y cuándo” es la frase operativa aquí, ya que Bush no tiene el control total del poder. El problema no es sólo que el Congreso esté dividido equitativamente entre los dos partidos, con los demócratas en el control del Senado a partir de junio de 2001. Las circunstancias que lo llevaron a la toma del poder –la forma en que se maneja el recuento de Florida, la dudosa decisión de la Suprema Corte de 5 a 4, el hecho de que haya perdido el voto popular– son aún más problemáticas, por lo menos desde la perspectiva del futuro político del propio George W. Bush. Además, permanece en duda su legitimidad.

Esto limita el campo de acción de Bush para convencer a los republicanos duros. En este sentido es ilustrativo el incidente del avión espía en China en

la primavera del 2001. En este caso, el temor a un episodio de tensión política, parecido a la crisis de rehenes iraníes, obligó a la Casa Blanca a descartar sus alardes anteriores y conformarse con una solución negociada, que ni siquiera fue suficiente para los chinos de línea dura.

El presidente Bush temía perder la confianza pública, por lo que puso en práctica lo que el candidato Bush había aconsejado: moderación. Sin embargo, el tono de sus declaraciones relacionadas con China se endureció de inmediato una vez que la tripulación norteamericana estaba a salvo. Esto sólo subraya qué tan políticamente motivada está la política exterior de la administración. Esta parece ser la regla de la Casa Blanca: cuando los riesgos políticos son aceptables, “prosigue de manera unilateral”. Cuando no lo son, “sé pragmático”. Aun Teddy Roosevelt, el icono republicano unilateral, estaría avergonzado de este obvio oportunismo. ❖